

2do Encuentro de la Coordinadora Mirista
ABRIL DE 2005
Documento Público

Estimados Compañeros:

En los últimos meses, hemos vivido un proceso de suyo importante.

Luego de las masivas jornadas en torno al 30 Aniversario de la caída en combate de nuestro Ex Secretario General, compañero Miguel Enríquez, el pasado 5 de octubre, y a la masividad y potencia que alcanzaran las jornadas anti-apec, y la despedida de nuestra querida Gladys, existe la sensación de que otro período se abre para la subjetividad revolucionaria. Digo subjetividad, ya que las condiciones objetivas han sido una variable independiente en este periodo, al menos en Chile. Con este alcance quiero hacer hincapié en un aspecto metodológico, pero que finalmente tiene profundas repercusiones en la política. Sobre esto haré alusión en otras partes de este documento.

El 30 Aniversario, se hizo sentir muy positivamente en el ánimo del mirismo. Todas las evaluaciones fueron positivas, al menos en lo que a convocatoria y participación popular se refiere. El pueblo finalmente tuvo la oportunidad de rendir homenaje a Miguel, y con ello a todos los revolucionarios que durante décadas entregaron lo mejor de sí mismos, por la libertad, por la democracia y por la revolución socialista. El mirismo de ayer y de hoy comenzaba a despertar, ya no como pequeñas orgánicas o colectivos voluntariosos, ya no como grupos organizados con cierta voluntad de poder, sino, como expresión de una latencia arraigada en el alma popular, que sólo es percibida en la larga duración histórica.

Con ese influjo, una parte del mirismo, depositario de esa expresión popular y revolucionaria, y haciéndose cargo del nuevo ánimo que juntos logramos construir aquel 5 de octubre, asume el desafío de avanzar hacia instancias de coordinación o articulación de las distintas expresiones del mirismo, y de los revolucionarios. Para ello, convoca a un diálogo para el “reencuentro en el afecto y la memoria”, pero con la clara intención de levantar una instancia que promoviera “la confluencia de todas las organizaciones sociales y de todos los sectores políticos afines, para impulsar la reconstrucción del movimiento popular chileno” .

Las resoluciones del Encuentro de Enero, son resultado de un diálogo que buscó crear “un espacio abierto” vale decir, un “lugar común” que permitiera “resguardar los espacios de las organizaciones populares, (el estar) abiertos a los colectivos que se sienten y declaran tributarios de estas ideas”, implementando el criterio de búsqueda de acuerdos sobre la base de una plataforma de intereses comunes.

Estos planteamiento, sin duda, se formulaban desde un análisis correcto de

la situación del mirismo, y a la vez, de la situación de las organizaciones populares que actualmente están presentes en el panorama político nacional. Esto es, un escenario que muestra multiplicidad de dinámicas, enfoques y estrategias, acerca de las nuevas maneras de enfrentar el accionar político y social.

Ahora bien, no obstante de haber sido un análisis correcto, todo parece indicar que estas advertencias planteadas como “ideas fuerza”, hacían referencia a un discurso que en la realidad buscaba más bien despejar el trauma del divisionismo, que se arraigó en la práctica política mirista, sin atender realmente el carácter de este “nuevo escenario”.

Esto es importante señalarlo, en la medida en que al no ser una política entendida y asumida en su real profundidad, finalmente terminó por abrir los espacios para que se interpretaran ciertos hechos que hacen recordar un estilo “dirigista” y “vanguardista” que en ese mismo momento se criticó.

El “dirigismo” en las organizaciones políticas aparece de diversas formas, y en diferentes circunstancias. Sobre esto no es conveniente profundizar en el presente documento, ya que son situaciones y hechos que deben ser tratados en la intimidad de cada organización. “La ropa sucia se lava en casa”. Creemos que es más importante reflexionar sobre las causas de fondo, de este “dirigismo” que a ratos se puede interpretar como sectarismo, afán de poder y control de unos pocos, sobre lo poco que se logra articular y coordinar.

Revisemos sucintamente algunos aspectos de la realidad política del país.

Uno de los aspectos más evidentes de la situación política nacional, es la bancarrota de los modelos de representación. Hasta hace una década atrás, se mantenían con cierta vigencia el llamado modelo reivindicativo también conocido como modelo sindical, que consistía en estructurar un sistema de partidos políticos que representara a los trabajadores, levantara “plataformas de lucha” y enfrentara los intereses de estos con el Estado. Un segundo modelo, llamado clientelístico o poblacional, consideraba la mediación de “la política” entre el pueblo y el Estado. Los pobladores elegían a sus representantes, y estos, “por mandato popular” hacían llegar las quejas y solicitudes al poder de turno.

Por cierto, esto generó una serie de problemáticas que, por ejemplo, redundaban o en el más ingenuo populismo, o en el más obsesivo vanguardismo. Es importante destacar que esta dinámica no era algo anómalo del sistema, sino que daba cuenta de una manera válida y coherente de hacer política en un Estado-empresario, que en muchos momentos logró atender efectivamente las necesidades del mundo popular. No por nada, las décadas del 40 al 70 son las de mayor avance relativo de las luchas de los trabajadores.

Sin embargo, esta manera de hacer política, como señala Gabriel Salazar, lo que hacía era ocultar el verdadero actor de la política, esto es, las clases populares, siempre anónimas, siempre representadas por los letrados, los posicionados, los interlocutores válidos de un poder.... siempre dominante.

A propósito de larga duración histórica, este “bajo pueblo” siempre ha tenido momentos en que aparece haciendo política, pero, siempre ha habido quienes pretenden capitalizar, conducir y direccionar hacia un concepto

“desterritorializado”, su vocación revolucionaria.

Lo que resulta más curioso de todo esto, es que el MIR intuyó el modelo que superaría esta manera “tradicional” de hacer política. Cuando el Partido reconoce en lo pobres del campo y la ciudad su potencial revolucionario, no hace sino identificar nuevos actores en un nuevo escenario político, económico y social.

Bastaría con volver a realizar ese ejercicio para darse cuenta que hoy han aparecido nuevos actores, y lo más importante, es que estos actores han comenzado a establecer relaciones horizontales entre sí, al tiempo de orientar sus demandas y esperanzas hacia un fin político, sin la necesidad de interlocutores que los representen.

Ejemplos de esto hay varios. Citar, por ejemplo, la gran marcha de la anti-apec cuya estrategia movilizadora fue precisamente el respeto por la pluralidad, la diversidad de opiniones, y la validez de todos los diagnósticos de la realidad. Lo que unía a esas organizaciones era precisamente un concepto político, el rechazo al imperialismo, pero ahora, sin una convocatoria de “los abajo firmantes”. Era a ratos extraño y a ratos gratificante, ver a los partidos políticos inmersos y confundidos en la diversidad social.

Y los ejemplos siguen: hoy contamos con una cincuentena de grupos anarquistas, un centenar de colectivos medioambientalistas radicalizados, grupos bolivarianos o de activistas en Internet, grupos poblacionales orientados a la actividad cultural, grupos de televisiones locales, etc. etc. Lo que los une es una visión común sobre la sociedad, con valores y principios que nos hacen recordar a los utopistas franceses, a los más entusiastas bolcheviques o al propio Marx.

Pero independientemente del potencial revolucionario que pudieran tener estos grupos, o si efectivamente estarían en condiciones de conformarse como un grupo con real vocación de poder, lo que es importante advertir es su organización de carácter social y su lucha de carácter eminentemente político. Quiero citar a un dirigente Mapuche en el último encuentro de la Red Bolivariana de los Pueblos, realizada la semana pasada: decía que durante décadas el pueblo Mapuche estuvo invisible en la lucha política nacional, y fue precisamente cuando se retiraron los partidos el momento en que el pueblo Mapuche emerge como un actor de la política, como en otros tiempos. Al desaparecer la mediación política aparecen los actores sociales, y su lucha, al verse enfrentada directamente al poder dominante, se politiza, y la política se convierte en un gesto autónomo y legítimo, toda vez que emerge desde una cotidianeidad.

Esto, queridos compañero, no se denomina de otra manera que: Poder Popular.

En efecto, el proyecto mirista no es crear organismos intermedios para mediatizar las luchas populares, sino que, por el contrario, acercar el pueblo a la política, con una clara vocación de autonomía y respeto por el “desarrollo desigual y combinado” de las dinámicas populares.

Esta intuición mirista, hoy por hoy, y de acuerdo con el desarrollo del modelo capitalista contemporáneo, se ha convertido en una ley, que el que no la sigue desaparece del escenario de la política, y en particular, de los revolucionarios.

Por lo tanto, cuando hablemos de “dirigismo” y “vanguardismo” es muy necesario saber de lo que se está hablando. Estamos ciertos que en cada organización revolucionaria, a ratos no se entiende de lo que se trata la crítica a esta anomalía actual de la política. Decimos actual, ya que en otro momento pudo ser coherente con el modelo, pero ya no lo es.

Y no lo es, no porque nosotros lo hayamos decidido, sino que, lamentablemente, las causas últimas de este fenómeno están a la base del nuevo modelo de acumulación capitalista. El Estado se retira de la política, se prioriza un nuevo actor dinámico de la economía, cual es, el actor privado empresarial, y se deja al mundo social a las leyes del mercado, donde los antiguos políticos intentan representar, ya no a través de grandes conglomerados y orgánicas que copen a las organizaciones sociales, sino que, en este caso, simplemente representar a “la gente” a través de los grandes temas instalados en “la opinión pública”.

En este contexto, aparece la política como “vedette”, o la farándula de un país pacificado y domesticado, disfrutando del “crecimiento económico”.

Cabe señalar que la apuesta de los dominantes es precisamente abrir espacios de participación de la sociedad civil, precisamente por el diagnóstico del país pacificado. Por ese motivo aparecen muchas iniciativas que buscan la ahora llamada “governabilidad” o “governanza” las estrategias de control, y conducción de los distintos grupos sociales, en un contexto neoliberal.

Sin embargo, lo importante, es que precisamente en este escenario abierto por el neoliberalismo, se dan las condiciones para que la sociedad civil se levante con autonomía y liderazgo propio. Así como en otras épocas. Y si la dominación neoliberal ha dejado que esto ocurra es por que en realidad no creen en la larga duración histórica. No creen que el pueblo tenga memoria, no creen que el pueblo lucha por un valor, y no por un simple bienestar económico e individual. El pueblo lucha contra las desigualdades, pero también lucha por la dignidad y la soberanía.

Pero cabe preguntarse por qué, si el pueblo queda al desamparo del mercado, la izquierda extraparlamentaria o izquierda revolucionaria no ha sido capaz de articular un discurso coherente y representativo de las grandes mayorías del mundo social. Cuando decimos discurso decimos un proyecto político que no sea exclusivamente la lucha por los derechos humanos, que por cierto es necesaria, pero que en sí misma no es capaz de articular una voluntad de poder.

Y la respuesta es más simple de lo que se piensa. A pesar de que muchos compañeros en la izquierda pueden diagnosticar esta situación, los partidos no han sido capaces de dar cuenta de este nuevo y radical escenario. Precisamente, por el hecho de que en su reconocimiento está la fórmula de un nuevo rol, que por cierto, se presenta con menos privilegios y por tanto, menos poder, para estos eternos mediadores.

Cualquiera pensaría que lo que digo es una herejía, sin embargo, bastaría con mirar atrás y darse cuenta que la historia del MIR es la historia de una manera nueva de hacer política, sin considerar “el poder dominante”, aún cuando eso signifique abandonar apellidos, estirpe, y los privilegios que el sistema nos hereda con el paso de los años. Esto que pudiera no ser entendible para un comunista, para un mirista es algo lógico. El rojinegro es

precisamente la posibilidad de nacer y morir constantemente, en un ejercicio de permanente revolución. Nada más actual, nada más del siglo XXI. Para una política renovada no es necesario ir más lejos que ir a la propia política que el MIR abrazó.

En otras palabras, lo que hoy entendemos con claridad es que no es indispensable una condición de clase para hacer la revolución. Por cierto es necesaria. Sin embargo, hoy por hoy la revolución no es ni más ni menos que una decisión. Ya que esta, al estar orientada hacia valores, se transforma en un imperativo moral, más que en una posibilidad necesaria que nos confiere un modelo basado en desigualdades económicas.

Esto que hablamos no lo descubrimos nosotros. Fue el Che, que viviendo el proceso de construcción del socialismo en Cuba siempre fue partidario de la convicción revolucionaria, por sobre el estímulo material a los trabajadores cubanos. De esto se ha reflexionado mucho en la última década. Hoy en día es más evidente que nunca, y pensamos que la discusión no acepta más interpretaciones: la revolución la hacen los que quieren hacerla. Los que pensamos que es un imperativo categórico, ajustado a valores y principios que ya son parte de un sentido común, el sentido común del hombre del siglo XXI. El Che nos mostró el camino. Hay muchos que ya lo están recorriendo.

Cuando unimos diversidad, pluralidad y convicción política, nos enfrentamos a la necesidad de rehacer una política de nuevo tipo. Son estos componentes los que están presentes en el nuevo escenario. Son estos elementos de los que hay que dar cuenta en un nuevo proyecto revolucionario. Y la verdadera fortaleza del MIR es justamente que tiene una historia, una experiencia, y un liderazgo en la sociedad que no se puede desaprovechar tan rápidamente.

Pero como afecta esto a la política de la Coordinadora?...

La Coordinadora pretendió articular a diversos colectivos, organizaciones, grupos, y compañeros que han vivido las últimas décadas luchando contra el sistema y luchando contra sí mismos. Contra el sistema, ya que las condiciones de vida de las personas ha empeorado notablemente, sobre todo en el contexto latinoamericano. Nadie se traga la política de que a mí me tocó un polo integrado y a otro un polo excluido, y por tanto el que tiene que luchar es al que le tocó la exclusión capitalista. Nadie formado en el acero de la revolución pensaría de esa manera. Los revolucionarios estamos concientes de todo el escenario internacional. Eso es clave para entender las nuevas formas de dominación neoliberal, la miseria y explotación de la que seguimos siendo objeto. Pero también luchando contra nosotros mismos, contra nuestro conservadurismo que cada tanto se expresa con mucha fuerza, sobre todo cuando se trata de asumir posturas nuevas y radicales, al calor de los nuevos tiempos.

El escenario actual nos impone nuevos desafíos. Y por cierto, una nueva manera de hacer política. De ejercitar una relación horizontal con las organizaciones. De evitar un vanguardismo mediador de la sociedad civil. De respetar la opinión y autonomía de los distintos grupos y colectivos sociales. De pretender liderar lo que es parte de nuestra historia y nuestra luchas, sin caer en la pretensión de certeza de un discurso político. Ese es el desafío.

Obviamente, surge rápidamente el tema de la vanguardia. Y para cualquier compañero formado en el leninismo, la vanguardia es una necesidad. El gran desafío es pensar una vanguardia que de cuenta de las nuevas realidades. Tal

vez ahí está el verdadero ejercicio de un revolucionario. Tal vez ahí está el ejercicio de superación del conservadurismo que cada cierto tiempo se hace presente entre nosotros, de las maneras más diversas y en las prácticas más encubiertas.

Hace algunas horas, tres de los grandes grupos miristas, hasta hace poco tiempo antagónicos en la práctica política nacional, se han acercado para decir que están dispuestos a avanzar en un verdadero proceso reunificador. Yo propongo que nosotros debemos avanzar hacia la consecución de ese proyecto. Propongo que orientemos nuestro esfuerzo a la búsqueda de la Unidad, que fue el objetivo central de las reuniones de enero. Propongo que debatamos los detalles de ese objetivo, y orientemos nuestro accionar, levantando una plataforma por la Unidad, la Unidad de los revolucionarios, la unidad de la gran patria mirista.

Y una vez que lo hayamos logrado, nos integremos a las luchas de las organizaciones, así como ayer, un movimiento por un país distinto, un país mejor, un país que nosotros sabemos que es posible.

Compañeros,

¡ Adelante con la reunificación de los revolucionarios !

¡¡¡ Vive tu tiempo, ejerce tu poder. ¡!!!

Santiago, 23 de abril de 2005



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

